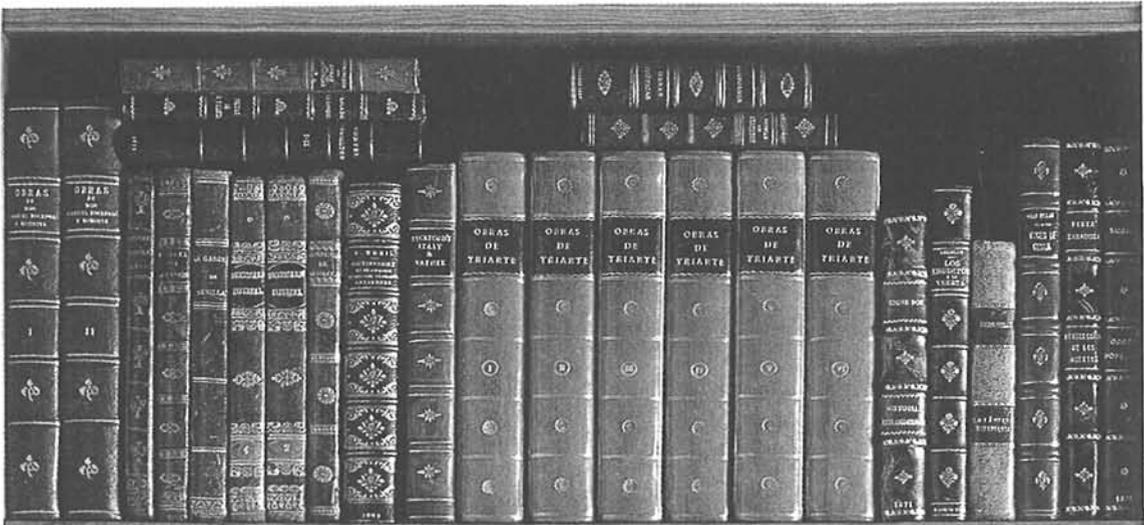


BIBLIOTECA



Poetas, poéticas y antólogos de Venezuela*

Hay que celebrar la aparición de esta antología en España. Con ella viene a llenarse una extensa e inveterada laguna, pues se trata de la primera muestra colectiva de poemas y poetas de Venezuela que se publica en la península desde hace ya muchos años. Si no me equivoco, la anterior, la de José Antonio Escalona-Escalona, salió hace más de dos décadas con ocasión del bicentenario de Andrés Bello y francamente dudo de que alguien aún la recuerde. De entonces acá, no es poco lo que ha cambiado la faz de la poesía venezolana. O, mejor, su *cuerpo*, que no ha dejado de crecer, ramificarse y estructurarse, hasta conformar uno de los géneros más ricos y variados del paisaje literario hispanoamericano. Dice el tango que veinte años no es nada, pero, en veinticinco, José Antonio Ramos Sucre (1890-1930), el antaño «raro entre los raros», ha pasado a ser el padre fundador de nuestra modernidad poética; Vicente Gerbasi (1913-1992) y el recientemente fallecido Juan Sánchez Peláez (1922-2003) se han convertido en

dos referencias indispensables cuando se habla del legado de las vanguardias en el ámbito hispánico; Rafael Cadenas (1930), Guillermo Sucre (1933) y Eugenio Montejo (1938) han llegado a un momento de acendrada madurez creadora; y, en fin, hemos visto surgir nuevas voces que, como la de María Auxiliadora Álvarez (1956) o la de Jacqueline Goldberg (1966), ya han sorprendido a más de un lector exigente. De todas estas transformaciones –y de algunas más– la antología que comentamos constituye un fiel reflejo. Su primera virtud es, sin lugar a duda, la de ofrecer una visión actual de la poesía de Venezuela, que sitúa al presente en la perspectiva del pasado –de la tradición poética que los propios venezolanos nos hemos inventado–, pero que, al mismo tiempo, se abre a un esperanzado y diverso porvenir.

Tiene razón Joaquín Marta Sosa al insistir, en su introducción, en que nuestra poesía «ha vivido sus historias de esplendor más prolongado en los años de vida democrática y de expansión abierta de la cultura moderna». Hoy, cuando se llena de denuestos a esos años con tanta facilidad y cuando se cierne una real amenaza sobre la modernidad de nuestra cultura, no está de más recordar que la poesía enezolana ha llegado a ser lo que es justamente en esa segunda mitad del siglo XX que signa nuestro acceso a la democracia. Tampoco yerra Marta Sosa

* Joaquín Marta Sosa, *Poetas y poéticas de Venezuela (1876-2002)*, *Bartebly Editores, Madrid, 2003, 260 pp.*

cuando afirma que la importancia de la poesía de Venezuela «corre en paralelo con el deficiente conocimiento y la reducida valoración de que goza tanto en el propio país como en buena parte del universo mundo». Es de esperar que la aparición de esta antología en España, así como la publicación en ediciones española de las obras de Cadenas, Montejo y, más recientemente, Sánchez Peláez, contribuya a modificar tal estado de cosas y permita superar el prejuicio nacido de la ignorancia y la escasa circulación de los libros venezolanos en el extranjero. Y es que no falta aún quien crea que nuestro país está tan huero de letras que bien merece la *boutade* con que un maldiciente lo describió alguna vez: «Venezuela: mucho petróleo y poca tinta». Hoy tal ocurrencia acaso pueda aplicarse a una novelística que, después de Gallegos, ha brillado por su ausencia en los escenarios internacionales, pero no al ensayo ni menos aún a una poesía que, como puede comprobarse leyendo *Las ínsulas extrañas* (2003) u otras antologías de los últimos años, es capaz de aportar tantas o más figuras de primer orden a la tradición de nuestra lengua que Argentina, Colombia o Cuba. La segunda gran virtud de *Poetas y poéticas de Venezuela (1876-2002)* es, en este sentido, el auténtico esfuerzo de difusión que representa y la toma de conciencia que presupone sobre la valoración de nuestra poesía y, en

general, de nuestras letras. Hay que saber hacer pero también hacer saber: nadie ignora que, en los espacios saturados de la cultura contemporánea presencia rima cada vez más con existencia.

Quizá la tercera virtud de la antología de Marta Sosa es su muy tolerante relativismo: la amplitud de miras con que da cabida a los autores, las corrientes y los textos más heterogéneos, a fin de ofrecer un panorama lo más completo posible del quehacer poético en Venezuela. La verdad es que, en los tiempos que corren, no se puede menos que aplaudir esa generosa actitud, pero si dudo al calificarla de virtud es porque creo que de ella proceden también varios de los defectos, incoherencias y errores que se observan tanto en la organización del conjunto como en la selección de los poetas y sus poemas. Marta Sosa, me temo, aspira a que en su antología quepan ecuménicamente todos y, al mismo tiempo, sabe que una antología es un intenso ejercicio de apreciación, o sea, un arbitraje entre valores, pesos y medidas. Para resolver esta incómoda ecuación, en *Poetas y poéticas de Venezuela (1876-2002)* tiende a multiplicar inútil y confusamente las categorías clasificatorias, y llega incluso a concederle importancia y representatividad a autores más bien folkóricos o populares que poco o nada tienen que ver con la poesía moderna de nuestro país. Así, aunque, por un lado, sólo